



# Theodor Kallifatides

## Timandra

Traducción del griego moderno de Carmen Vilela Gallego



THEODOR KALLIFATIDES

# Timandra

Traducción de  
Carmen Vilela Gallego

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Τιμάνδρα*  
Traducción del griego moderno: Carmen Vilela Gallego

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2022

© Theodor Kallifatides, 1994, 2022  
© de la traducción: Carmen Vilela Gallego, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 125-2022  
ISBN: 978-84-18526-30-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Estaba acostado junto a mí, desnudo. El resplandor de la lumbre en el hogar se reflejaba en su frente y confería a sus gotas de sudor un brillo de piedras preciosas. En ese preciso momento se oyeron unos pasos. Quedé petrificada. Él respiraba profunda, serenamente.

—Alguien viene —dije.

—Que venga quien quiera —me respondió—, hace veinticinco años que los estoy esperando.

Se giró sobre el lado derecho. Un instante después ya estaba dormido. Dormía siempre del lado derecho.

—No puedo dormir del lado izquierdo —me había explicado—, no puedo dormir sobre el corazón. Mi corazón no duerme jamás.

Lo miré vacilante, con un vago sentimiento de pudor que me hizo entornar los párpados. Muchos hombres habían yacido a mi lado con el mismo abandono; hombres famosos, ricos, poderosos. Incluso una o dos mujeres.

A todos los observaba mientras dormían. Me gustaba ver la paulatina transformación de su rostro, del éxtasis del placer a la irrupción repentina de los sueños. Sin embargo, mirarlo a él me daba pudor. A mí, que con frecuencia empleaba el pudor como aderezo y de tanto en tanto con simples soldados como artimaña de seducción.

¿Quién soy? ¿Quién era el hombre que estaba junto a mí? ¿Quiénes los que se estaban acercando?

Preguntas sencillas y, sin embargo, necesarias. Si pretendes exponer tu opinión personal es preciso que digas tu nombre.

Son requisitos de nuestros tiempos. Nuestro testimonio no se tiene en cuenta sin una firma.

Me llamo Timandra. Mi nombre significa «la que honra al hombre» y eso es lo que he estado haciendo toda mi vida. Podría decir que es mi oficio, del que se afirma erróneamente que es el más antiguo del mundo. Soy hetera.

Hetera, prostituta, meretriz, vendedora de placer, mariposa de la noche o cualquier otro de los eufemismos que suelen utilizarse, no es un oficio especialmente antiguo. Al principio ni siquiera era un oficio. Mujeres y efebos han sido siempre objetos del placer de los vencedores y continúan siéndolo. Lo profesionalizaron algunas mujeres célebres: Nicó de Samos, Calistrata de Lesbos, Filení de Leucada.

Esas mujeres transformaron la esclavitud en profesión. Estoy segura de que aún hoy algunos sonríen detrás de sus bigotes cuando llamo a este trabajo profesión, pero mejor prostituta que político, pues, como suele decir mi amigo el cínico Leandro, «el político tiene que satisfacer al mismo tiempo al mayor número posible de personas. La hetera no tiene la obligación de hacer lo mismo».

Mi nombre es Timandra y soy hetera. He viajado mucho. Iba a donde requerían mis servicios y, cuando era niña, a donde requerían a mi madre. Ella era hetera también, y puede que haya recibido su nombre de algún varón, porque, ¿quién si no llamaría Teodoti «el don de dios» a una mujer?

Hubo una época en que mi madre hacía sombra a todas las heteras de Atenas, y recuerdo un día en que Sócrates vino a nuestra casa acompañado de algunos jóvenes, entre ellos un tipo hurraño que se llamaba Jenofonte.

El filósofo estaba, como de costumbre, de buen humor. Al entrar encontró a mi madre medio desnuda. Un joven pintor, ahora famoso pero por entonces completamente desconocido pues acababa de llegar de Heraclea, la estaba pintando. Sócrates la miró con atención y, volviéndose a sus acompañantes, dijo:

–Amigos, ¿quién debe estar agradecido a quién?, ¿nosotros, que gozamos de la belleza de Teodoti, o Teodoti que nos la muestra?

Yo estaba escondida detrás de una columna y a hurtadillas escuchaba la conversación. No me acuerdo de todo lo que dijeron, sólo recuerdo que Sócrates le daba consejos sobre cómo conservar a sus admiradores y cómo hacer que otros cayeran en sus redes.

–Pero yo no tengo ninguna red –respondió mi madre.

–Tienes la más perfecta red que existe. Tu cuerpo.

Aquella noche me quedé un buen rato ante el espejo tratando de descubrir si mi cuerpo se parecía a una red. No se parecía en absoluto, y me sentí defraudada. Las comparaciones son peligrosas. Nos decepciona la realidad, en lugar de decepcionarnos la comparación. Más tarde me sentiría defraudada muchas veces, hasta que aprendí a elegir mis propias comparaciones.

\*

Soy Timandra, la hija de Teodoti. A veces, cuando mi madre estaba de mal humor, me recriminaba que por mi culpa había tenido que retirarse de la profesión demasiado pronto. Porque quería ocuparse de mí personalmente, no quería que me criaran esclavas.

Pero lo cierto es que tenía otras aspiraciones. Quería destacar por encima de todas las mujeres de Atenas, eclipsar incluso a Aspasía, que de hetera llegó a casarse con Pericles. No es que fuera su rival; todo lo contrario, compartía con ella los secretos de su arte, un arte que había aprendido complaciendo los deseos de clientes exigentes de Sardes y Mileto.

Aun siendo atractivos, los atenienses y los espartanos eran mejores en el terreno del honor que en la cama. Mi madre había tenido trato con sátrapas persas de piel oscura, comerciantes de Lidia, de ojos color miel; había complacido a poetas de hermosos rizos en la más dulce de las islas, Chipre, donde el

viento del este traía el penetrante aroma de los cedros, y donde la diosa del placer, nuestra patrona y maestra, Afrodita de hermosos senos, había nacido del deseo amoroso de los hombres y de la espuma del mar.

—A ella la hice mujer —decía mi madre, refiriéndose a Aspasia—, pero a ti te haré reina.

Y poco le faltó para tener razón. Llegué a ser casi reina. Al menos, encontré a mi rey. Pero él prefería la lucha por el trono más que el trono mismo. A Pericles no lo traté nunca. Lo vi una vez, y ese mismo día conocí al hombre que ahora duerme tranquilo a mi lado.

La gran guerra entre Atenas y Esparta había cumplido ya su primer año. Ni los atenienses ni los espartanos habían conseguido grandes logros, pero muchos hombres jóvenes habían muerto. Veintiocho años duraría la guerra. Nadie hubiera podido imaginarlo. Quizá nadie lo quería, pero así fue.

Era el primer invierno de la guerra, y los primeros muertos. A veces me parece que nos importan más los muertos que los vivos. No sé a qué se debe este hecho. Es como si no creyésemos que las personas ya no están, y nos ocupamos de nuestros difuntos como si siguieran vivos en alguna otra parte.

Los llantos y las exequias solemnes ayudan a los vivos, no a los muertos.

Por otra parte, los atenienses tenían sus propias ceremonias. En cuanto llegó el otoño y las operaciones bélicas se interrumpieron, reunieron los huesos de los difuntos en féretros contruidos de madera de pino aromático.

Once féretros. Uno por cada una de las diez tribus de Atenas y el undécimo, vacío, en honor de los desaparecidos. Durante tres días, los atenienses estuvieron despidiendo a sus muertos y constantemente se oían lamentos, cantos fúnebres y sinceros, aunque los discursos eran inútiles.

Yo tenía diez años por entonces. No había conocido a mi padre; ni siquiera sabía quién era. Mi madre me consolaba; tampoco ella sabía quién era.

—¡Las heteras llegan a ser madres! —me dijo—, pero sus hijos rara vez tienen padre.

De modo que me lo imaginaba como quería y su falta se me antojaba una suerte de libertad. Los demás niños veían cada día el rostro de sus padres, no podían ir más allá de los límites que marca una cara determinada. Yo, en cambio, podía elegir. Buscaba a alguien que se me pareciera, pues los otros niños se parecían a alguien. Ellos tenían un espacio concreto; yo, una calle.

Aquel soleado día de otoño en que los atenienses iban a enterrar a los primeros muertos de la gran guerra había decidido que mi padre tenía que ser Pericles. Y tenía la libertad de creerlo. Seguramente había otros niños que soñaban con que Pericles fuera su padre, pero carecían de la libertad para creerlo.

Según la costumbre, el primer mandatario de la ciudad pronunciaría el discurso fúnebre. Por eso, nadie se sorprendió cuando Pericles subió a la tribuna. Se hubieran sorprendido más si no lo hubiera hecho.

Durante más de veinticinco años el destino de Atenas había estado en sus manos. Había propuesto leyes a la asamblea, había organizado el ejército y consolidado la hegemonía ateniense que fundamentalmente se apoyaba en nuestros rápidos trirremes. Ninguna ciudad podía competir con Atenas.

Florece el comercio y las artes. La filosofía y la retórica estaban en su punto más álgido. Había sofistas capaces de convencerte de que lo blanco era negro y lo negro, blanco. Teníamos escuelas, gimnasios, teatros, palacios y hermosas villas en el campo.

No tengo ningún motivo para describir Atenas. Sencillamente quería explicar por qué había elegido como padre a Pericles. Él era Atenas. Por eso nadie se sorprendió cuando subió a la tribuna y pronunció aquel discurso que casi en el acto adquirió proporciones míticas.

Mi madre me tenía cogida de la mano y nos encontrábamos situadas en un segundo plano. A fin de cuentas, no éramos na-

turales de Atenas ni teníamos ningún muerto a quien llorar. Detrás de Pericles, a cierta distancia, de pie, una mujer con una túnica blanca, y a su lado, un joven.

–Esa es Aspasia –me dijo mi madre en voz baja.

La miré de nuevo. Era ella, pues. Serena, llena de dignidad, no tan joven ya.

–¿Es su hijo? –pregunté a mi madre, refiriéndome al joven.

–No. Es un pariente de Pericles. Pericles es su tutor –respondió mi madre con cierta indiferencia.

Fue así como vi por primera vez al hombre que ahora estaba acostado a mi lado. Así lo vi, y mi vida se decidió allí y en ese momento. En el momento en que los atenienses lloraban a sus muertos, en el preciso instante en que Pericles estaba pronunciando su discurso, mientras mi madre me tenía cogida de la mano y la Tierra seguía girando, por eso, sin darnos cuenta, nos encontramos a la sombra.

Mi madre comenzó a sentir frío, pero yo tenía calor, mucho calor, sin saber por qué.

No me acuerdo de gran cosa del discurso de Pericles, sólo recuerdo que los atenienses estaban pendientes de sus labios y que reinaba un absoluto silencio mientras hablaba. Pero sí recuerdo una o dos frases, en concreto cuando alababa a los atenienses diciendo que tenían la grandeza de alma de reconocer los éxitos de los demás sin «la tediosa máscara de la envidia».

Más tarde comprendería que esto no era del todo cierto. Muy pocos hombres de cuantos conocí soportaban la gloria de los demás sin llevar la tediosa máscara de la envidia.

–¿Por qué los adula Pericles? –pregunté en un momento dado a mi madre, sin obtener respuesta.

–Lo comprenderás por ti misma más adelante.

Recuerdo también el enorme pájaro negro que de repente voló sobre los féretros y desapareció en dirección al este. Esto fue considerado un mal presagio y rápidamente se extendió un murmullo entre la gente. Pericles, en cambio, estaba sereno. Terminó su discurso y regresamos a casa. Sin embargo, algo

dentro de mí quedó allí, prendido en el muchacho que estaba de pie junto a Aspasia.

Tenía diez años y no sabía qué era lo que había perdido. Menos aún sabía lo que había encontrado.

Mi madre lo sabía. Aquella misma noche vino a mi habitación y se quedó mirándome mientras me disponía a acostarme.

Me quité mi confortable capa y la túnica que me llegaba a los tobillos. Luego me solté el cabello, sacudiendo la cabeza como un potrillo, y corrí a la cama.

Tenía prisa por cerrar los ojos. Mi madre me dijo en un tono suave:

—Ahora tienes diez años; dentro de cinco años serás una mujer. Desnudarse es un arte. Mañana te lo enseñaré.

Sus palabras me parecieron extrañas, pero no me detuve demasiado en ellas. Tenía prisa, como he dicho, por cerrar los ojos. Quería ver de nuevo al muchacho, y lo seguí viendo hasta que me venció el sueño.

\*

El hombre que tenía a mi lado se movió, extendió la mano y acarició mi espalda sin despertarse. Balbució algo incoherente entre sueños, pero no conseguí entender lo que decía.

Quería despertarlo. Lo necesitaba. Quería que abriera los ojos para hacérselos cerrar de nuevo con mis caricias.

Pero debía tener cuidado. Los pasos, fuera, se acercaron más. Oí palabras en una lengua débil, pero no menos bárbara.

¿Quiénes eran? ¿Qué querían?

Podía tratarse de cualquiera, amigos o enemigos. También podían ser curiosos, gente corriente, que querían ver de cerca al hombre que dormía junto a mí.

Tenía muchos enemigos, como también incontables amigos. Pero su vida era tal, que nunca sabía quién era quién. En cualquier caso, curiosos siempre había y la más curiosa, yo misma.

No obstante, no era sólo una curiosa. Lo amaba y ¿qué es el amor, sino una suerte de curiosidad?

Yo no planteaba preguntas así. Eso era privilegio de los hombres. ¿Qué es el amor? ¿Qué es la virtud? Las mujeres no preguntamos esas cosas. Nosotras queremos saber quién es la persona a la que amamos; con eso nos basta.

Un sofista, que en cuanto le sobraban unas dracmas las gastaba en mis brazos, decía que cada persona tiene una respuesta. A mí, sin embargo, me susurraba: «En el bosquecillo que hay entre tu corazón y tus rodillas, Timandra, todas las preguntas quedan anuladas».

Puede que sea cierto que existen tantas respuestas como personas. Lo que se necesita comprender es que cada respuesta plantea nuevas preguntas y que existe un punto donde todas las preguntas terminan, y que una vida humana que no conoce ese punto es equivocada, es puro despilfarro.

El sofista de costosas ropas y ojos abiertos había encontrado ese punto, aunque se pasaba la vida intentando demostrar lo contrario. «Los sofistas piensan con la lengua», me había dicho el hombre que tenía ahora a mi lado, cuando le conté la anécdota. Yo quise objetar, pero no dije nada. Quería preguntarle con qué pensaba él, pero estaba segura de que me respondería con una risa.

Había sustituido el silencio por la risa. ¿Cómo no amarlo?

La risa; su risa. He de hablar más sobre ella. He oído muchas risas. En la mesa, en el lecho. He oído reír a mujeres y hombres en el ágora, en el teatro; he oído reír a muchachos en la calle, por la noche. Pero nadie reía como él.

Su risa no encerraba matiz despreciativo alguno, ni excitación erótica, ni sorpresa. Los chistes le aburrían y rehuía las vulgaridades.

Su risa era un misterio. Nunca sabías por qué reía, y Sócrates, que estaba enamorado de él—¿quién no lo estaba?— y que naturalmente era muy severo con su persona, a menudo le hacía observaciones:

—¡Sólo los estúpidos ríen sin motivo! —le dijo en una ocasión en mi casa, mirándolo con sus ojillos miopes.

Mi amante no respondió. Pero por la noche, cuando estábamos sentados uno frente al otro en la amplia cama, me dijo:

—Sócrates se equivoca, sólo los tontos necesitan una razón para reír.

Quería preguntarle a qué se refería exactamente, pero extendió las manos y me atrajo hacia él. Y en mi vida justo eso era aquel punto que anulaba todas las preguntas.

\*

Ciertamente no puedo seguir llamándolo «el hombre junto a mí». Su nombre hacía temblar a Atenas y a Esparta e incitaba a los hombres a aplaudir o a coger las armas. Lo que provocaba en las mujeres me lo callo. Basta con que diga que no ha nacido aún la mujer que no quisiera ocupar mi lugar en sus brazos.

Alcibíades, hijo de Clinias y de Deinómaca. El atractivo Alcibíades. Fue guapo de niño, más guapo aún de adolescente y mucho más en la edad madura. Eurípides, que nunca gastaba elogios sobre las personas, dijo en una ocasión que los guapos no tienen bello otoño. Sin embargo, el otoño de Alcibíades fue hermoso, aunque breve, muy breve.

Pero no hay razón para anticiparnos a los hechos. Ya es suficiente con que los hechos se nos anticipen a nosotros y a veces nos sobrepasen.

A esto suele llamársele «destino» y yo creo que cada persona tiene el suyo. Alcibíades, sin embargo, no creía en esas cosas. A menudo los oía discutir sobre estos temas en el amplio salón de mi casa.

El primero, y el mejor, por supuesto, Sócrates. Luego se sumó también Protágoras, el rey de los sofistas, que conocía tan bien su valor que nunca ponía precio a sus clases, simple-

mente permitía que sus discípulos le pagaran lo que consideraran justo. Más tarde, tuvimos al inquieto Hippias de Ilión, al bozacas Pródico de Cea, sofistas universalmente conocidos los dos, y a su alrededor los más ricos, los más inteligentes y los más bellos muchachos de Atenas: Clinias, hermano de Alcibíades, y los dos hijos que Pericles tuvo con Aspasia, el hijo del primer matrimonio de ella, el poeta Agatón, y su amante, el tarambana pero riquísimo Pausanias. Más tarde, vino también el hermano de Agatón, Platón, un joven taciturno y formal cuyos ojos brillantes veían algo que ningún otro veía.

Se pasaban horas y horas hablando, mientras mis esclavas de Lidia se deslizaban entre ellos, llenaban las copas de vino y dejaban tras de sí un dulce aroma de noches exóticas –tan exóticas como la noche que envolvía a Alcibíades mientras dormía, y a mí, que velaba su sueño.

¿Cómo llegamos allí? ¿Qué vientos nos llevaron a aquel anónimo lugarejo de Frigia? ¿Cómo podría explicarlo nadie sin creer en el destino, o en los dioses o en algo parecido?

Suerte que Alcibíades dormía, de lo contrario habríamos discutido.

–¿Por qué tenemos que dar una explicación a todo? –decía tartamudeando, lo que significaba que estaba enfadado de verdad.

Su tartamudeo estuvo de moda en Atenas durante un tiempo. Los hijos de las cuatro familias más importantes de la ciudad competían, no sobre quién era el mejor, sino sobre quién se parecía más a Alcibíades, que, de un modo u otro, estaba emparentado con todos ellos. Por su padre, era Melánquida; por su madre, Alcmeónida, y por su matrimonio con Hipareta, Peónida.

Yo era de padre desconocido. Como un arbolito sin raíces, algo que con frecuencia me hacía sentir que aquello «de padre desconocido» era un signo de interrogación junto a mi nombre; no sólo en los archivos de la ciudad, sino también en toda mi existencia. Él tenía generaciones tras de sí y esto ejercía

en mí una fascinación indescriptible. Podía estar horas y horas oyéndolo hablar de sus antepasados y le hacía preguntas a cada rato, incluso mientras hacíamos el amor, hasta el punto de que una vez me dijo riéndose: «Timandra, parece como si estuvieras haciendo el amor con todos nosotros, vivos, muertos y no natos».

¡Cuánta razón tenía! Siempre me fascinaba la sombra de un hombre más que el hombre mismo.

Quizá detrás de todo esto subyace aquello «de padre desconocido», y hasta puede que mi oficio. Yo era un elemento decorativo en el mundo de los hombres. Para soportar la realidad tenía que transformarla.

¿La realidad? Algunos de los filósofos de nuestro entorno sostenían que la realidad no existe, que es una copia en un espejo. Otros añadían que ni siquiera existe el espejo más allá de nuestros ojos.

Un tercer grupo, a su vez, afirmaba que la realidad es fuego, o aire, o agua, o alguna otra cosa. Me llevó bastante tiempo comprender que estas teorías no eran descripciones sino explicaciones o, al menos, intentos de explicaciones.

Cómo es la realidad, es una cuestión. Por qué es como es, es otra diferente.

Para nosotras, las mujeres, prevalecía el «cómo». El «porqué» era cosa de los hombres. Y cuando no encontraban la respuesta, acudían a nosotras.

Será mejor, sin embargo, que vuelva a la realidad tal y como era.

Era de noche. El cielo estaba cerca y las estrellas brillaban con una luz a la que no estábamos habituados. Era una noche extraña.

Había visto muchas noches como esta en Grecia, en las islas, en Asia, en Sicilia. A pesar de todo no podía acostumbrarme a ellas. Siempre me faltaba la noche del Ática, que conserva algo de la luz del día, como un destello, algo así como un resplandor opaco de espejo viejo.

Echaba de menos los sonidos de la noche del Ática, los pasos de los transeúntes y sus conversaciones, el sonido de los himnos que cantaban en los banquetes, la risa de los efebos que hacían su primera guardia nocturna.

Era de noche, en fin. Una noche de Frigia, más fría que otras noches. Del cercano pueblo, sin nombre en mi recuerdo, no llegaba ningún sonido. Lo más probable es que existieran, pero no los oíamos. De seguro algunos estarían haciendo sacrificios a Cibeles, mientras los sacerdotes danzaban y cantaban hasta llegar al paroxismo de la locura sagrada.

Los habíamos visto una vez en Sardes. Alcibíades estaba lívido y nada más terminar la danza, le pregunté qué le sucedía.

—Nada —dijo, y movió la cabeza—, simplemente estoy viendo a quienes vendrán después de nosotros.

Entonces me pareció que exageraba, pero ahora reconozco cuánta razón tenía. La barbarie y la juventud siempre terminan ganando y sólo son vencidas por el tiempo, que trae a otros nuevos bárbaros. Aunque algo de los vencidos también permanece. Un recuerdo, una huella, una arruga en la frente. Nada más.

\*

A nuestro alrededor y sobre nosotros, la extraña noche de Frigia. Los pasos fuera de la casa resultaban inquietantes. ¿Quiénes eran los que se acercaban con tanta precaución? ¿Y por qué? ¿Qué querían?

Estaba muerta de miedo. No; quizá no era miedo, era más bien angustia. Quería despertar a Alcibíades, pero dormía profundamente. «Sólo en tu cama, Timandra, duermo por encima del bien y del mal. En todas las demás camas tengo que elegir», me dijo en una ocasión.

Me preguntaba qué quería decir. ¿Que el placer no tiene ética? Hubiera querido aclararlo. Lástima que estuviera dor-

mido. Tenía tantas preguntas que hacerle. ¿Por qué será que los enamorados lo preguntan todo?

Me levanté y eché algunos troncos a la lumbre. Estaba a punto de apagarse y el frío era cada vez más intenso.

No teníamos ningún criado con nosotros. Nuestra casa estaba algo alejada del pueblo. Estábamos completamente solos. Alcibíades quería... En definitiva, ¿qué quería? ¿Por qué había elegido aquella casa alejada, en medio de un descampado? ¿Lo perseguían? ¿Se estaba escondiendo?

Me quedé de pie junto a la ventana. La noche fuera parecía vacía. Sin embargo, sabía que allí afuera había alguien, e incluso más de uno. Sabía que nos estaban esperando y de algún modo intuía que nos esperarían todo el tiempo que hiciera falta.

En aquel preciso instante recordé mi casa de verano en la que desde las ventanas veía los trirremes de Atenas balancearse en las tranquilas aguas del Falero. Echaba de menos el salobre viento del sur del Ática. Echaba de menos su luz.

Cerré los ojos para sustraerme a la oscuridad de la noche de Frigia, y bajo mis párpados, pesados por la vigilia, vi de nuevo el cielo del Ática, y mis entrañas se llenaron como de un dulce vino de Samos.

Me embriagué. Por un breve instante, me embriagué de recuerdos, me perdí en ellos. Y de repente comprendí que, a fin de cuentas, la realidad no es más que un pretexto para ver otra cosa.

\*